

HIELO NEGRO

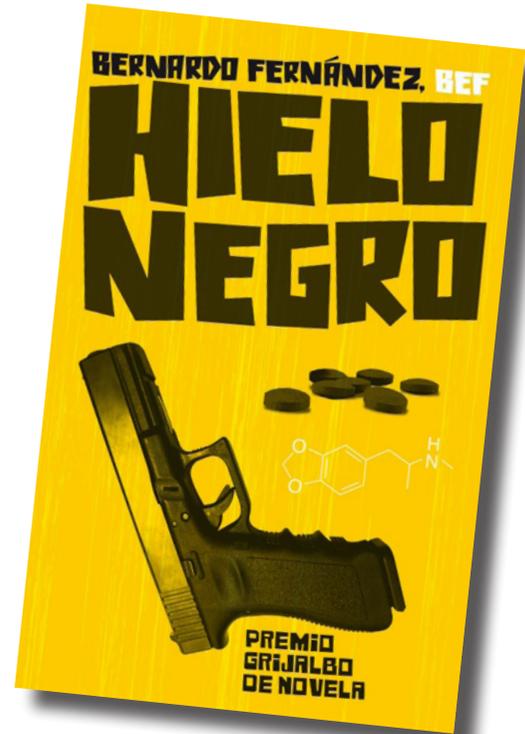
Bernardo Fernández, BEF

*Love is a negative form of hate.
(El amor es una forma negativa del odio.)
Roger Zelazny, This Immortal*

1

Quince minutos antes de que su cabeza volara en pedazos, el policía auxiliar Ceferino Martínez, alias el Oaxaca, terminó el último rondín de la noche.

—Dos catorce, aquí veintisiete, reportando en dieciséis—
informó por radio a la central cuando volvió a la caseta de vigilancia. Todo estaba en orden. Se sentó en la silla, aflojó el nudo de la corbata y encendió la radio en la Sabrosita.



Humedeció la punta de un Delicado sin filtro con la lengua, le gustaba el sabor dulce del papel de arroz. Lo colgó entre sus labios antes de encenderlo, como veía hacer a los policías de las películas. Aspiró profundo antes de soplar una estela azulada.

Sólo quedaba esperar a que llegara su relevo en un cuarto de hora, justo a la medianoche.

Dio una segunda chupada al cigarro. Al exhalar, observó con atención las evoluciones del humo. Encontró profundamente sensuales las formas de las volutas.

Le recordaban las nalgas de su mujer.

Veinticuatro horas antes había llegado a su turno de vigilancia aún agitado tras haber penetrado a Margarita sobre la mesa del diminuto cuarto que rentaban en Iztapalapa.

La pareja, venida de la costa oaxaqueña, se había establecido en el peligroso barrio de La Minerva. Ella trabajaba como doméstica. Ceferino había sido jardinero hasta que se colocó de policía auxiliar.

Después de diez años de casados y tres hijos, el Oaxaca seguía encontrando irresistibles las nalgas de su mujer. Le parecía fascinante la delicada línea con que su talle se ensanchaba en las caderas, la textura de durazno de aquel trasero moreno que solía recorrer con la lengua antes de atacar a mordidas.

En eso pensaba el policía al masticar el último bocado del tamal que su mujer le sirvió para cenar, mientras Margarita levantaba los platos.

La esposa se inclinó sobre el lavadero para buscar el detergente cuando sintió las manos de su marido palpándola con torpeza.

—Los niños... —murmuró, sabiendo de antemano que no serviría de nada. De cualquier manera sus hijos se fingían dormidos, temerosos de la furia del padre.

Ya Ceferino había levantado la falda y bajado la pantaleta. Pronto Margarita comenzó a sentir las dentelladas dolorosas hundirse en su carne. Pensó en las marcas que solía dejarle.

—Me lastimas —dijo en tono de ruego. Consciente de la inutilidad de suplicar, cerró los ojos. Sintió el primer embate.

Escuchó los gemidos de su marido. Apretó los labios.

A Ceferino no le gustaba que se quejara. En unos minutos todo había terminado, sólo quedaba el dolor. Se desplomó en el piso, ocultando sus lágrimas, ahogando sus sollozos. Temía enfurecer a su esposo.

—Y no andes de puta por ahí, o te parto tu madre —dijo Ceferino al salir, mientras se subía la bragueta.

Veinticuatro horas después, al recordarlo en la caseta de vigilancia, el policía tuvo una erección. “Deja que llegue a la casa, cabrona”, pensaba al fumar.

Semianalfabeto, el Oaxaca presentó un certificado falso comprado en la plaza de Santo Domingo para solicitar el trabajo.

Poco le afectó no haber terminado la primaria a la hora del entrenamiento en Cancerberero, la empresa de seguridad privada donde trabajaba. Ceferino Martínez había errado su vocación con la jardinería: era un policía nato.

Pocas cosas había disfrutado tanto como aprender a tirar o a manejar el tolete. Varias veces había regresado ebrio a casa, tras beber con los compas después del entrenamiento, para practicar las llamadas técnicas de persuasión y dominación con Margarita y los niños.

Lo mejor de todo era que no dejaban marcas ni moretones.

Vigilancia Cancerberero, S. A. de C. V., era una empresa de seguridad privada fundada por el general Díaz Barriga, experto en seguridad nacional y grupos de choque de élite, que había muerto años atrás en un accidente aéreo.

Ahora la empresa era dirigida por la viuda del militar, doña Conchita, una dulce anciana apasionada de las armas de fuego y las técnicas de persuasión.

Ceferino, que empezó podando el jardín de la casa de Polanco de los Díaz Barriga, se había ganado la simpatía del matrimonio con su sonrisa y empeño en el trabajo.

Con los años, tras la muerte del general, el oaxaqueño se volvió uno de los consentidos de doña Conchita debido a sus ganas de superarse y el empeño que ponía en los entrenamientos.

Por ello no sorprendió a nadie que el Oaxaca ascendiera rápidamente en el escalafón de Cancerbero hasta convertirse en supervisor. Ahora era el responsable de su turno en la vigilancia de los laboratorios médicos Cubilsa.

Era un trabajo tranquilo, él no se quejaba excepto los días como ése, en que llegaba al laboratorio un cargamento de pseudoefedrina. El contenedor venía escoltado por soldados como si se tratara de una bomba atómica.

El personal administrativo, técnico y de seguridad de la planta debía firmar por triplicado la recepción de la sustancia, para después hacer una meticulosa revisión del material.

—Parece que traín coca los cabrones —decía el Oaxaca en voz baja a Goyito, un paisano de Cuicatlán que trabajaba a sus órdenes.

—Pinche chingadera, la usan pal jarabe de la tos —contestaba Goyo—; me lo dijo Aidita, una de las químicas. La güera.

Ceferino sabía perfectamente de quién le hablaba Goyo.

Varias veces había cerrado los ojos mientras sodomizaba a su mujer para imaginarse que penetraba a la laboratorista.

El procedimiento continuó durante varias horas ante el tedio de todos los presentes.

Cerca de las ocho se fueron los soldados. Para las diez, el laboratorio estaba vacío, las dos toneladas de la sustancia descansando en la bodega.

A las once treinta, tras una visita infructuosa al baño debido a su estreñimiento crónico, Ceferino dio un último recorrido por el laboratorio antes de que llegaran sus compañeros vigilantes a relevarlos.

Cada turno comprendía una célula de seis hombres que trabajaban veinticuatro horas para descansar otras tantas. Un laboratorio pequeño como Cubilsa no necesitaba más.

El Oaxaca continuó fumando hasta que la colilla le quemó los labios, como cuando fumaba mota. No lo hacía desde que doña Conchita estableció el antidóping mensual.

Goyo decía que tomando dos botellas grandes de Gatorade azul daba negativo el examen de orina. Pero al Oaxaca, además de parecerle cara, esa porquería ni le gustaba. Prefería aguantarse, no era cosa de quedarle mal a su patrona.

Ello no le impedía traerse un par de kilos de la buena cada que iba para su pueblo. Su mejor cliente era un compañero del otro turno, un costeño grandote al que le decían el Acapulquito por grandote. “Cómo fuma el cabrón”, pensó Ceferino, divertido. Nunca había visto que el Acapulco diera positivo en el antidóping. Ni que tomara Gatorade azul.

Aplastó la bacha bajo su bota. “Ojalá que te mueras”, cantaba Pesado en la radio.

Cinco minutos antes de morir, Ceferino cerró los ojos y pensó en Vanessa, hija de la dueña de un putero de Pochutla que lo había despreciado por jodido. Canturreó la rola de ardor con los ojos cerrados, cada palabra quemándole los labios. Podía ver los ojos negros de Vane bajo sus cejas espesas frente a él, casi podía tocarla.

El timbre de la puerta lo arrancó de sus recuerdos.

“Ah, chingá, faltan tres minutos”, pensó tras consultar la hora. Uno de los procedimientos de Cancerbero consistía en sincronizar los relojes.

En el monitor lo observaba el Acapulquito con mirada ausente.

—Tres catorce —dijo Ceferino a la pantalla.

—Dieciséis —contestó el Acapulco, como distraído.

—¿Tráis gripa, compadre? —preguntó el Oaxaca.

—Éi —repuso su compañero, sin que Ceferino lo viera mover los labios.

—Procedo —anunció y caminó hasta la puerta. Ahí tecleó la clave de seguridad que botaba los cerrojos.

—Pinche Aca, has de venir hasta tu madre. Ya te dije que no quemes cuando estés de servicio. Si la doña te tuerce te cuelga de los güevos —dijo el Oaxaca al abrir la puerta.

El guerrerense no contestó.

—¿Pos qué tráis, tú?

El jefe del nuevo turno se desplomó sobre Ceferino, quien apenas alcanzó a esquivar el cuerpo de su compañero. Al caer de frente, descubrió un tenedor de carnicero clavado en el nacimiento del cuello del Acapulco, ahí donde se une con la espalda.

El Oaxaca no supo qué hacer. Un grito se ahogó en su garganta. Desenfundó la pistola. Hubiera comenzado a disparar al levantar la mirada de no haberse encontrado frente a un gorila armado con una escopeta.

El segundo que tardó en reaccionar le costó la vida.

De haber tenido más tiempo, habría asimilado que lo que tenía frente a él era un hombre disfrazado de simio. Pero durante ese instante de confusión el chango elevó el doble cañón de su escopeta Mossberg hasta la altura de los ojos del Oaxaca y disparó.

Cuando el cuerpo de Ceferino Martínez cayó de espaldas al piso, ya estaba muerto. De otro modo quizá hubiera disfrutado la manera casi milagrosa en que los espasmos intestinales le curaron el estreñimiento.

Probablemente también le hubiera divertido ver cómo un comando de hombres disfrazados de gorilas en patines entraban a Laboratorios Cubilsa, S. A. de C. V., para reducir a los otros

cinco vigilantes del turno a cadáveres en apenas unos minutos.

Una escena cómica, digna de una película.

Ver a los simios meter un camión y cargar las dos toneladas de pseudoefedrina ya no le hubiera hecho tanta gracia al Oaxaca. Al día siguiente se iba a armar el gran desmadre. Doña Conchita lo iba a colgar de los güevos, como le gustaba decir.

Afortunadamente, estaba muerto.

2

—¿Qué suena?

En la noche sólo se escucha el silencio. Algunos grillos a lo lejos. Un pajarraco grazna. Los dos hombres hacen guardia al lado de una pícop negra de vidrios polarizados.

Tras ellos, una bodega se eleva aislada en medio de la nada.

De pronto oyen un tiro.

—¿Qué suena?

—¿Qué va a sonar, pendejo? La pistola.

—No, en serio, ¿qué suena?

Los dos se callan. Los ruidos de la montaña retumban en las sombras. En medio de la oscuridad no pueden distinguir el rostro del compañero. Sólo la brasa del cigarro del otro, que se ilumina con cada bocanada.

Otro tiro.

—¿Oístes?

—Que no mames.

—Ói...

Como lejanos, tras las paredes de lámina del bodegón se escuchan gritos. Otro disparo.

—¿Qué cosa, cabrón?

—La jefa. Canta...

Los dos sicarios aguzan las orejas. Como un murmullo escuchan la voz de Lizzy Zubiaga:

—... doce elefantes se columpiaban sobre la tela de una araña...

La palabra araña coincide con un tiro. Con éste se apaga la última voz que grita.

De nuevo, el silencio.

—Pinche vieja, está reloca...

No termina la frase. La puerta de la bodega se abre. Lizzy sale caminando. En la oscuridad los dos sicarios saben que la pistola de su jefa, una Colt Government, todavía humea.

—Listo. Una instalación nueva. Vámonos.

Se suben a la Lobo negra y se alejan de ahí en silencio. Ninguno de los dos se atreve a preguntarle por qué cantaba.

Al día siguiente, una llamada anónima lleva a la policía a una bodega en las afueras de Mazatlán. El delegado de la Procuraduría Federal maneja malhumorado hasta el lugar. Viene crudo.

Baja de la patrulla y avanza hacia la puerta del edificio de lámina. El lugar está repleto de policías y periodistas.

—Ora sí se pasaron —dice a manera de saludo el forense, al salir de la bodega.

El delegado entiende hasta que llega al interior. Casi se va de espaldas.

En lugar de un mensaje al cártel contrario, de las amenazas a la policía o de las advertencias entre narcos, en medio de los doce cadáveres con tiro de gracia hay una carita feliz con un mensaje garrapateados con spray sobre la pared:

HAVE A NICE DAY!